

Doña Toda de Larrea, «novela vascongada» de Navarro Villoslada

CARLOS MATA INDURÁIN

1. Introducción

Francisco Navarro Villoslada, nacido en Viana (Navarra) en 1818 y muerto en esa misma localidad en 1895, fue un personaje polifacético cuya figura merece ocupar un lugar destacado en el panorama del siglo XIX, y ello en el triple ámbito de la literatura, el periodismo y la política. Fue, en efecto, un brillante político, elegido tres veces diputado a Cortes por Navarra (en 1857 por Estella y en 1865 y 1867 por Pamplona) y una más senador (por Barcelona en 1871). Su evolución ideológica, supeditada siempre a la mejor defensa del ideario católico —columna vertebral de todo su pensamiento—, le llevó a entrar en las filas del partido moderado primero y del denominado «neocatólico» después, para convertirse finalmente, tras la Revolución de septiembre de 1868, en un destacado publicista del carlismo: secretario personal de don Carlos de Borbón y Austria-Este (Duque de Madrid y pretendiente al trono español con el nombre de Carlos VII) en 1869, miembro de su Consejo Real y jefe del partido carlista en 1885-1886.

Política y periodismo fueron dos caras de una misma moneda, la de su vida pública, que procuraron a nuestro autor no pocos disgustos y sinsabores. Aunque no se le haya reconocido como tal, Navarro Villoslada fue uno de los más notables periodistas españoles del siglo XIX; no en balde recorrió todos los puestos dentro de la profesión, desde colaborador esporádico, pasando por redactor fijo, hasta fundador y director —y, en determinados casos, propietario— de algunas de las publicaciones periódicas más prestigiosas de su época. En rápida enumeración, cabría recordar su actividad en empresas de carácter tanto literario —tales el *Semanario Pintoresco Español* o *El Siglo Pintoresco*— como de índole política: así, *La España*, *El Padre Cobos* o, de forma

muy especial, *El Pensamiento Español*, diario en el que puso toda su alma y todo su corazón entre 1860 y 1872 y desde el que se batió en innumerables polémicas con la prensa liberal. Especialmente famosa fue su serie de «Los textos vivos», contra la difusión de las ideas krausistas, panteístas y materialistas en la Universidad española. La producción periodística de Navarro Villoslada constituye una faceta sumamente interesante que está reclamando un estudio monográfico en profundidad¹.

En el terreno de la literatura, sus obras *Doña Blanca de Navarra* (1847), *Doña Urraca de Castilla* (1849) y *Amaya o los vascos en el siglo VIII* (1879) lo convierten en uno de los más genuinos cultivadores de la novela histórica romántica, género que se practicó profusamente en España, sobre todo en los años 30 y 40 del siglo XIX, siguiendo el patrón creado por el maestro escocés Walter Scott en *Ivanhoe*, *The Talisman* y el conjunto de las *Waverley Novels*. El escritor de Viana se acercó con mayor o menor acierto y asiduidad a muchos otros géneros literarios (la comedia, el drama histórico, la poesía, el artículo costumbrista, la leyenda histórica, etc.), pero la tendencia habitual de la crítica al encasillamiento suele dejar reducido su caudal literario —en las escasas líneas que por lo general se le dedican— a su producción como novelista histórico. En este sentido, podría afirmarse que Navarro Villoslada es un romántico rezagado que pertenece a una «segunda generación» de novelistas históricos (en la que se incluirían también Amós de Escalante, Emilio Castelar o Antonio Cánovas del Castillo) que escriben unas obras muy bien documentadas, rozando casi la erudición. Ha de entenderse además que es el suyo un romanticismo de signo conservador, acorde con su carácter católico, y también regionalista, por los temas, personajes y escenarios vasco-navarros que presenta en sus novelas.

La conmemoración durante el año 1995 del Centenario de su muerte, con una serie de actos organizados para rendir homenaje a su memoria, tal vez haya servido para rescatar una figura que permaneció olvidada durante bastante tiempo, en parte por motivos literarios y en parte también por razones de orden ideológico. No me detendré en la consideración de su biografía, de su personalidad y del conjunto de su producción literaria²; ahora me parece más

(1) Apunto algunas cuestiones en mi trabajo «Navarro Villoslada, periodista. Una aproximación», *Príncipe de Viana*, en prensa.

(2) Para su vida y su obra puede consultarse mi libro *Francisco Navarro Villoslada (1818-1895) y sus novelas históricas*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1995; y, de forma resumida, mi artículo «Navarro Villoslada (1818-1895). En el Centenario de la muerte del autor de *Amaya o Los vascos en el siglo VIII*», *Muga*, núms. 94-95, enero de 1996, pp. 58-71. Pueden verse también las

interesante analizar una obra que permanecía inédita en el Archivo de Navarro Villoslada y que recientemente ha publicado la editorial Castalia (Madrid, 1998; colección «Clásicos Castalia», núm. 244): se trata de una novela histórica de tema vascongado titulada *Doña Toda de Larrea o La madre de la Exce-lenta*, ambientada en Bilbao y sus alrededores en el año 1483. Pero antes me parece oportuno ofrecer algunos datos sobre ese archivo en que se conserva esta pieza hasta ahora inédita.

2. Breve noticia sobre el Archivo de Navarro Villoslada

El ilustre vianés reunió a lo largo de su vida un considerable archivo que incluye materiales relacionados tanto con su actividad literaria (borradores manuscritos de obras inéditas, correspondencia con las casas editoriales y con otros escritores de la época...) como con su actividad pública en el periodismo y la política (abundante correspondencia y documentos que tienen que ver con los cargos que desempeñó y las personas que conoció, sobre todo dentro del carlismo). Aparte quedarían otros papeles que conciernen a su casa y hacienda (cartas familiares, información de fincas, capellanías y propiedades, etc.), menos interesantes para nuestro objeto. Este archivo ya fue consultado por otras personas que se acercaron a la figura de Navarro Villoslada y publicaron algunos estudios parciales, como el redentorista P. Juan Nepomuceno Goy, la estudiosa de la Universidad de California Beatrice Quijada Cornish (ambos escribieron en torno a 1918, Centenario de su nacimiento) o el eminente filólogo José Simón Díaz, quien en los años 40-50 llamó la atención en un par de artículos sobre el injusto olvido de la figura de nuestro autor y dio además noticia de la existencia de su archivo³.

Actas del Congreso celebrado en su memoria en 1995 en la Universidad de Navarra: Ignacio ARELLANO y Carlos MATA INDURÁIN (coords.), Congreso Internacional sobre la Novela Histórica (Homenaje a Navarro Villoslada), Pamplona, 1996, Gobierno de Navarra (anejo núm. 17 de la revista *Príncipe de Viana*).

(3) De la existencia del archivo dio noticia José SIMÓN DÍAZ, «Vida y obras de Francisco Navarro Villoslada», *Revista de Bibliografía Nacional*, VII, 1946, pp. 169-220 (la referencia, en la p. 190, nota). Por mi parte, en los últimos años vengo aprovechando los ricos materiales de ese archivo, y he dado a conocer parte de la correspondencia inédita: «El archivo de Navarro Villoslada. Dos textos inéditos», *TK. Boletín de la Asociación Navarra de Bibliotecarios*, núm. 2, diciembre de 1996, pp. 69-73; «Correspondencia inédita entre J. M. Ortí y Lara y F. Navarro Villoslada acerca de *Amaya*», *Sancho el Sabio*, año 7, 2.ª etapa, núm. 7, pp. 97-105; «Sobre la génesis de *Amaya o Los vascos en el siglo VIII*, de Navarro Villoslada. Documentos inéditos», *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, LIII, 1997-2, pp. 445-64; «Para el epistolario de Navarro Villoslada. Cuatro cartas inéditas de José Manterola (1880-1881)», *Letras de Deusto*, núm. 76, vol. 27, julio-septiembre de 1997, pp. 207-17; «Dos

Después de la muerte del escritor, ese «magnífico archivo» —según lo calificó en su momento el propio Simón Díaz— lo conservaron primero sus hijas doña Blanca y doña Petra y, más tarde, los descendientes de ésta última. Hasta fechas recientes lo guardaban los tres bisnietos de Navarro Villoslada, los Sres. Sendín Pérez-Villamil, don Juan, don Mariano y doña Teresa (†), en Madrid y Burgos. Pero, precisamente con motivo de la celebración en 1995 del Centenario, decidieron cederlo a la Biblioteca de Humanidades de la Universidad de Navarra, donde se custodia en la actualidad y donde se está procediendo a su catalogación, de la que me encargo⁴.

En este interesante archivo se conservan numerosos trabajos literarios inéditos, de los que algunos se hallan en estado fragmentario o en mera fase de borrador, como simples apuntes para su posterior desarrollo. Pero otros aparecen con una redacción completa o casi completa, siendo los más importantes los siguientes: un *Itinerario de Madrid a Viena y de Viena a Madrid* y una erudita *Historia de la Imprenta Nacional comparada con las del Estado de París y Viena*, resultado de su viaje a Francia y Austria en 1857-1858 comisionado por el gobierno de Bermúdez de Castro; varias obras dramáticas, de distintos géneros, como *Un don Quijote al revés o Pródigo de sí mismo*, *Enamorar con peluca*, *El medio entre dos extremos o Ser esposa y madre fiel*, *Bajarse para triunfar*, *El Mariscal*, *La Penitente*; una novela de corte folletinesco titulada *La niña de la Azucena* (en algunas versiones el título es *La niña del Milagro*); y un atractivo proyecto narrativo histórico, ambientado en la época de los Reyes Católicos, que se titula globalmente *Pedro Ramírez* y que hubiese incluido cuando menos dos novelas distintas: *Doña Toda de Larrea o La madre de la Excelenta* y *El hijo del Fuerte o Los bandos de Navarra*; quizá

cartas inéditas de Cándido Nocedal a F. Navarro Villoslada sobre las elecciones de 1881», *Huarte de San Juan*, sección de Geografía e Historia, núms. 3-4, 1996-1997, pp. 291-98; «Don Carlos de Borbón y Austria-Este y Francisco Navarro Villoslada. Documentos inéditos (1872-1888)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo CXCIV, cuaderno II, 1997, pp. 291-326; «Noticia sobre el archivo de Navarro Villoslada. Algunos documentos de los años 40», *Revista de Literatura*, LX, núm. 119, 1998, pp. 207-41; «Siete cartas del Conde de Melgar a Navarro Villoslada (1885-1886)», *Príncipe de Viana*, año LIX, núm. 213, enero-abril de 1998, pp. 307-24; «Quince documentos inéditos sobre la polémica entre C. Nocedal y Navarro Villoslada relativa a la dirección única de la prensa carlista (diciembre de 1871-febrero de 1872)», *Revista de Historia Moderna*, en prensa; «Notas sobre la documentación de *Amaya*. Cinco cartas de Luis Echeverría a Navarro Villoslada», *Archivum*, en prensa.

(4) Debo agradecer a los Sres. Sendín Pérez-Villamil las facilidades que en todo momento me dieron para la consulta en sus domicilios de esos documentos, así como su interés para favorecer todas las iniciativas relacionadas con el mejor conocimiento de la figura y obra de su ilustre bisabuelo en estos últimos años.

también una tercera, *El cuadrillero de la Santa Hermandad o Los bandos de Vitoria*⁵.

Bajo esos títulos se presentan las distintas versiones conservadas, aunque no podemos saber a ciencia cierta cuál habría sido la articulación final de todas ellas si el autor hubiese podido darles la última mano y se hubiesen publicado en vida. El proceso de redacción de las novelas de Navarro Villoslada solía ser muy complejo, pues retomaba continuamente sus argumentos, añadiendo nuevos personajes y episodios a la trama central. En cualquier caso, lo importante es que todo ese proyecto narrativo que se presenta bajo el epígrafe genérico de *Pedro Ramírez* (porque ese es el nombre de un personaje que reaparece en todas las versiones) se sitúa en la época de los Reyes Católicos, lo que permite la inclusión de temas diversos pero relacionados todos ellos con Navarra y las Provincias Vascongadas: las luchas banderizas de Oñacinos y Gamboinos en Vizcaya y Guipúzcoa, de Ayalas y Callejas en Álava, de Agramonteses y Beaumonteses en Navarra; los últimos reyes privativos navarros, don Juan y doña Catalina de Albret; la muerte de César Borja ocurrida entre Viana y Mendavia en 1507; la conquista del Viejo Reyno en 1512 por las tropas de Fernando el Católico al mando del Duque de Alba y la posterior incorporación a la Corona de Castilla, etc.

3. Datos externos sobre la génesis de *Doña Toda de Larrea*

De todas las versiones incluidas en el proyecto del *Pedro Ramírez*, *Doña Toda de Larrea o La madre de la Excelenta* es la que ofrece un texto más amplio y depurado, de forma que puede leerse perfectamente como una novela completa, sin apenas lagunas. Su reciente edición supone que podamos añadir una más al corpus de novelas históricas publicadas de Navarro Villoslada. Espiguemos a continuación algunos datos externos sobre el proceso de redacción de esta obra. Por un lado, sabemos que el autor quería escribir una novela acerca de la conquista de Navarra, pues así lo anuncia en las líneas finales de *Doña Blanca de Navarra*⁶, y a esa intención declarada responden los borradores del *Pedro Ramírez* titulados *El hijo del Fuerte o Los bandos de Navarra*.

(5) Edito los cinco capítulos conservados de *El hijo del Fuerte* en mi libro *Viana en la vida y en la obra de Navarro Villoslada. Textos literarios y documentos inéditos*, Viana, 1999, Ayuntamiento de Viana, pp. 107-201.

(6) Tras recordar la muerte del príncipe Febo, Navarro Villoslada comenta que los últimos reyes privativos de Navarra fueron Juan y Catalina de Albret, que cayeron destronados por las tropas de Fernando el Católico; y las últimas palabras de la novela son: «Pero de estos sucesos hablaremos, con el favor de Dios, en otra obra».

Pero también podemos datar de finales de los años 40 su idea de redactar otra novela histórica, de tema vascongado, a tenor de las palabras de una carta que le dirige en 1848 Benito María de Vivanco. Conservada también en el archivo, la transcribo aquí respetando las peculiaridades ortográficas del original:

Sr. D. Francisco Navarro Villoslada

Vitoria, 30 de Noviembre de 1848

Mi apreciado amigo: las ocupaciones consiguientes a la procsimidad de la reunión de Juntas y la celebración de éstas, me han impedido contestar a V. tan pronto como yo deseaba; no me ha sido posible y espero me dispensará V. esta falta.

Me pregunta V. cuál es el rasgo más característico de estas Provincias que presenta la historia de ellas, para poder escribir una novela como la de D.^a Blanca y pintar en ella el carácter y costumbres del país: mucho tendríamos que agradecer a V. los Vascongados si se decide a poner por obra su pensamiento y yo, por mi parte, le ruego encarecidamente no lo heche en olvido, y como prueba de mi deseo le diré a pesar de mi insuficiencia en dónde puede hallar asunto para el objeto que desea.

El rasgo más marcado de estos habitantes es el amor a sus instituciones y leyes y a la religión de sus Padres; así se ve que los Romanos no pudieron introducir ni las suyas ni sus dioses y el mismo Augusto no lo consiguió más que en algunos pueblos fundados por él y aun éstas desaparecieron a los pocos años. Rasgos de generosidad y nobleza en medio de las luchas encarnizadas, se han visto no sólo en las antiguas, sino en las de este siglo, y en la última muchísimas que se pueden probar y que las honran; pero casos aislados de nada valdrían a V. y creo lo mejor que se valga V. de lo que se ha escrito acerca de este País. Con ánimo de contestarle he leído algunos Autores y enterádome de los que han escrito de estas Provincias, y me parece el mejor arsenal para su objeto, si no el más verídico y respetable, la obra titulada *Bien andanzas y fortunas de Lope García de Salazar*. También podría V. consultar las averiguaciones del P. Henao sobre las antigüedades de Cantabria; y la historia de la casa de Lara de Salazar y Castro; el epitome de los Señores de Vizcaya de Navarro Larraátegui; y las Crónicas de Dn. Sancho el 4.^o, Dn. Fernando el 4.^o, Dn. Alonso 11 y Dn. Pedro el Cruel.

Creo también que para formarse una idea de las costumbres de estos naturales es mui útil el diccionario geográfico de las provincias vascongadas publicado por la Academia, o la historia física de España de Boules y algunas revistas, principalmente la que se publicaba en Bilbao hace dos años.

Dispéñeme V. mi tardanza en contestar como mi pesadez quizá en la relación de Autores y disponga siempre con entera libertad y franqueza de su afmo. servidor y amigo Q. B. S. M.

Benito M.^a de Vivanco

Sin embargo, después de *Doña Blanca de Navarra* (1847) Navarro Villoslada escribe *Doña Urraca de Castilla*, aprovechando sin duda datos, materiales y experiencias de su estancia en Galicia durante su juventud; y tras de su publicación en 1849 pasan muchos años en los que el escritor vive envuelto en el torbellino de la política y la vida periodística, abandonando casi completamente su producción literaria, que sólo retoma a partir de los años 70, con la aparición desde 1877, en el folletín de *La Ciencia Cristiana*, de *Amaya*. Es entonces cuando volvemos a tener noticias de ese otro proyecto que dejó arrinconado a finales de los 40. En efecto, el 16 de abril de 1880 el periódico *La Época* recoge la siguiente noticia: «El señor Navarro Villoslada leyó anoche tres capítulos de su inédita novela *Pedro Ramírez*, aplaudida calurosamente en la sesión literaria de la Juventud Católica.»

Todavía más: el 20 de noviembre de ese mismo año escribe a José Manterola, director de la revista donostiarra *Euskal-Erria*, comunicándole que se encuentra con ánimo para escribir una nueva «novela vascongada»:

Yo creía haber agotado mis lágrimas al escribirla [se refiere a *Amaya*]; pero el ejemplo de ustedes [los redactores de *Euskal-Erria*] me enardece y aún creo tener llanto en mi corazón y pulso en mi mano para emprender otra novela vascongada. / ¡Todos a una, amigo mío! ¡*Euskal Erria*! ¡Magnífica empresa y magnífica divisa!

Y esta es la respuesta de Manterola, en carta de 22 de noviembre:

Celebro en el alma y felicito a V. de todas veras por su nuevo proyecto de novela vascongada, que desearé realice cuanto antes.

El renacimiento literario que comienza a efectuarse en nuestro país puede ser, y será desde luego, de grandes resultados, y escritores de la talla de V. no debían, no pueden permanecer cruzados ante tan consolador movimiento.

Trabajaremos todos de consuno, cuantos amamos de veras a este país, para restañar sus antiguas heridas, y prepararle un porvenir más risueño; tengamos fe en las virtudes y en la constancia de nuestra raza... y Dios proveerá lo demás.

Todo por la Euskal-Erria. Todo para la Euskal [Erria] sea nuestra constante divisa.

En resumen, Navarro Villoslada tenía desde finales de la década de los 40 la idea de escribir una novela de tema vascongado ambientada en la época de los Reyes Católicos; en los años 50 y 60 la abandonó, por estar ocupado con las actividades de su vida pública, y a finales de los 70 la retoma con ilusión. Pero a esa edad no tiene ya fuerzas y no puede acabar, ni la novela de tema vascongado (*Doña Toda de Larrea*) ni la que habría tratado específicamente de la conquista de Navarra (*El hijo del Fuerte*), viéndose obligado a abandonar definitivamente el proyecto del *Pedro Ramírez*, como anuncia en unas líneas publicadas en julio de 1894, un año antes de su muerte, en el número único de *Navarra Ilustrada*:

Cómo se forman los reinos lo intenté demostrar en *Amaya*; cómo perecen y caen desolados, he querido hacerlo patente en una obra sobre la conquista de Navarra que, en mi intención, sería el complemento de aquella, si Dios me hubiese permitido concluirla. Pero en esto no hay que pensar.

En fin, cabe añadir que este proyecto narrativo es recordado por Carmelo de Echegaray en su introducción a las *Obras de don Juan Iturralde y Suit*, vol. III, *Tradiciones y leyendas navarras*, Pamplona, Imprenta y Librería de García, 1916, cuando en la página CC escribe:

No fue Iturralde el único escritor de su tierra a quien estas postrimerías de la Monarquía navarra se ofrecieron como materia a propósito para una obra en que la Historia se presentase en forma novelesca y palpitante. El insigne Navarro Villoslada hubo de acariciar en algún tiempo la idea de componer una novela histórica basada en esos motivos, y hasta hubo de trazar algunos capítulos cuyo paradero ignoramos. Todavía convaleciente de unas fiebres, en 1892 volvió a coger con calor y entusiasmo la propia idea, y aun llegó a manifestar que, si Dios quería que saliese de aquella larga y penosísima convalecencia en que se le habían agotado las fuerzas, trataría de emplearlas en esa obra, «complemento del pensamiento de *Amaya*, pues en esta procuro exponer cómo se forman los reinos y en la otra quisiera demostrar cómo acaban»⁷.

4. Datos internos: materiales conservados y argumento

Existen en el archivo de Navarro Villoslada varios legajos relacionados con el proyecto narrativo del *Pedro Ramírez* que contienen los distintos borra-

(7) En nota se indica que las palabras de Navarro Villoslada pertenecen a una carta escrita desde Viana el 5 de noviembre de 1892. Como podemos apreciar, es la misma idea que expresará públicamente en sus líneas de 1894 en *Navarra Ilustrada*.

dores literarios de *Doña Toda de Larrea y El hijo del Fuerte*; los textos principales de *Doña Toda* son los que he denominado en otra ocasión B y C, que suman 14 capítulos, en algo menos de 300 cuartillas⁸. Están además las notas que recogen la documentación acumulada por el autor sobre aquella época, que se refieren a personajes históricos: los «Reyes Católicos», «La Beltraneja», «El Duque de Alba»...; a diversos aspectos histórico-institucionales: «Villas de Guipúzcoa. Épocas de su fundación», «1483. Autoridades en Vitoria», «Diputación o Gobierno de la Provincia», «Bandos de Ayalas y Callejas»; o a datos varios de la vida intrahistórica: «Luto (siglo XV)», «Toros embolados (siglo XV)», «Letras iniciales (siglo XV)», «Mancebías en Vizcaya (siglos XV y XVI)», etc. La existencia de todos estos materiales confirma la minuciosidad de Navarro Villoslada a la hora de reconstruir la época novelada hasta en sus más pequeños detalles.

En cuanto al argumento, la acción de *Doña Toda de Larrea* se sitúa en las Provincias Vascongadas, en agosto de 1483. La reina Isabel la Católica está en Vitoria y todos los vizcaínos creen que irá a Bilbao para jurar sus Fueros (ya los había jurado en Segovia como heredera de Castilla, pero prometió hacerlo en el propio Señorío si llegaba a reinar). Sin embargo, existe una dificultad para ello, y es que en Bilbao vive una dama, doña Toda de Larrea, con la que tuvo ciertos amoríos don Fernando el Católico siete años antes, cuando visitó el Señorío en 1476, también para jurar los Fueros. Fruto de esa relación nació una niña, María de Aragón, conocida por todos como «la Excelenta», por lo excelente de su sangre. Doña Toda, lejos de ocultar su falta, hace gala de ella, educando a la niña con todo el boato de una princesa y sin avergonzarse de cantar públicamente una copla que claramente pregona su paternidad: «Por mi gran fortuna / hame un gran Señor: / rey es de Castilla / y rey de Aragón.»

Como es lógico, doña Isabel no desea presentarse allí donde se dan unas pruebas tan manifiestas de la infidelidad de su esposo, así que ordena a su maestre-sala, don Gutierre de Cárdenas, que ponga remedio a esa situación. Cárdenas envía a Bilbao a dos hidalgos castellanos, Rodrigo de Quincoces y Pedro Ramírez, con la excusa de fletar un barco para Flandes, aunque solamente el primero conoce el objeto real de su viaje: encerrar a doña Toda en un convento o casarla con un hidalgo que, a cambio de una buena dote, acepte no salir de su apartado solar; al mismo tiempo, han de llevarle a la niña, la Excelenta, para darle la

(8) Para más detalles, véase Carlos MATA INDURÁIN, «Dos novelas históricas inéditas de Navarro Villoslada: *Doña Toda de Larrea y El hijo del Fuerte*», en Ignacio ARELLANO y Carlos MATA INDURÁIN (coords.), *Congreso Internacional sobre la Novela Histórica (Homenaje a Navarro Villoslada)*, Pamplona, 1996, Gobierno de Navarra, pp. 241-57.

alta educación que le corresponde pues, aunque bastarda, no deja de ser una hija del rey. Quincoces ve la posibilidad de que sea el propio Pedro Ramírez, mozo casadero y enamorado, quien se convierta en el esposo de doña Toda. Pero toparán con la oposición de un caballero bilbaíno, don Martín de Munguía, quien —perdidamente enamorado de la dama, a pesar de los continuos desplantes que de ella ha recibido— no deja de amarla y solicitarla con tenacidad de vizcaíno, aspecto éste que se explota humorísticamente en la novela⁹.

Tras una serie de episodios que ocurren durante la romería a la Virgen de Begoña, en las inmediaciones de Bilbao (y que sirven para introducir elementos vascongados: los trajes de los aldeanos, las comidas, los bailes como el aurreku o el zortziko), llegamos al desenlace: pocos días después de la romería, Quincoces, Ramírez, doña Toda y su hija la Excelenta marchan de excursión a una finca de la dama. Pero, en vez de entrar allí, Quincoces ordena a la caravana que pase adelante. Doña Toda se inquieta y trata de alborotar, pero el anciano castellano la acalla diciendo que Ramírez y él actúan por orden del rey, a cuya presencia deben conducirla, ya que don Fernando no la ha olvidado y la está esperando. Sin embargo, una jornada antes de llegar a Madrigal, Quincoces cuenta la verdad a la dama: llevan a la niña para educarla en ese convento; ella puede elegir entre profesar también o casarse con don Martín, que la sigue fiel. En un principio, doña Toda escoge el matrimonio con el hidalgo bilbaíno, pero ante la perspectiva de tener que separarse definitivamente de su hija, decide quedarse con ella en el monasterio de Madrigal. Años después muere en brazos de su hija, que también ha profesado y ha sido nombrada abadesa. Con el tiempo la Excelenta pasa al monasterio de las Huelgas de Burgos, donde llegaría también a ser abadesa.

En una versión se apunta la posibilidad de una fuga de doña Toda con su hija a Vitoria, acompañadas por don Martín. Es posible que Navarro Villosla-

(9) Sobre el vizcaíno como tipo cómico que aparece en diversos géneros literarios desde el Siglo de Oro —en especial por su incorrecto empleo del castellano— existe bibliografía: véase J. Anselmo de LEGARDA, *Lo vizcaíno en la literatura castellana*, San Sebastián, 1953, Biblioteca Vascongada de los Amigos del País; o el reciente artículo de K. Josu BIIUESCA, «El “vizcaíno” de Sor Juana y la lengua del imperio», *Revista de Humanidades*, Monterrey, núm. 5, otoño de 1998, pp. 13-28. A este respecto ha escrito Jon JUARISTI, *El chímbo expiatorio (La invención de la tradición bilbaina, 1876-1939)*, Madrid, 1999, Espasa Calpe, p. 42: «Desde el Renacimiento, las *mal trabadas razones* de los vascongados han constituido uno de los más socorridos motivos cómicos de las letras españolas. ¿Cómo olvidar, por ejemplo, la airada perorata del escudero vizcaíno de *El Quijote*? En canciones quinientistas, facecias del Siglo de Oro y villancicos dieciochescos, vizcaínos y guipuzcoanos han hablado su torpe castellano para deleite de los lectores hispánicos. Pero el mal castellano de los vascos era un artificio literario tan convencional como el sayagués de las comedias pastoriles».

da tuviese intención de complicar la acción con nuevas aventuras, según era su forma habitual de proceder. Pero, en última instancia, el desenlace final habría sido el mismo: la reclusión de las fugitivas en el convento de agustinas de Madrigal de las Altas Torres.

5. *Doña Toda de Larrea y La dama del rey*

La novela guarda indudable relación con una zarzuela de tema vascongado, *La dama del rey*, que con libreto de Navarro Villoslada y música de Emilio Arrieta se estrenó el 7 de septiembre de 1855 en el Teatro del Circo de Madrid, publicándose ese mismo año¹⁰. Ambas obras coinciden no sólo en la ambientación cronológica y espacial (los alrededores de Bilbao, cerca del santuario de Begoña, un día de romería, en la época de los Reyes Católicos), sino también en buena parte del argumento, como veremos.

En efecto, *La dama del rey* comienza con tres coros de Vendedoras, Mancebos y Ancianos que, tras anunciar la llegada de la reina a Vizcaya para jurar los Fueros del Señorío, entonan el coro «Árbol santo de Guernica»:

Árbol santo de Guernica,
de los cántabros solaz,
a tu sombra se guarece
nuestra dulce libertad.
¡Oh, bien hayan los monarcas
que a tu trono secular
la potente mano tienden
con munífico ademán!
Se ve entonces tu ramaje
de alborozo retemblar.
¡Corazón eres de un pueblo:
lo que él viva, vivirás!

(10) *La dama del rey*, zarzuela en un acto y en verso, letra de don Francisco Navarro Villoslada, música de don Emilio Arrieta, Madrid, 1855, José Rodríguez; reeditada en F. NAVARRO VILLOSLADA, *Obras completas*, ed. de Segundo Otatzu Jaurrieta, vol. III, Pamplona, 1992, Mintzoa, pp. 15-52. Sobre esta pieza véase PREMÍN DE IRUÑA (pseudónimo de Ignacio Baleztena), «Un “al alimón” de Arrieta y Navarro Villoslada», *Pregón*, año VI, núm. 22, diciembre de 1949, s. p.; y Emilio COTARELO Y MORI, *Historia de la zarzuela, o sea el drama lírico en España, desde su origen a fines del siglo XIX*, Madrid, 1934, Tipografía de Archivos, pp. 515-16 (texto reproducido también en el *Boletín de la Real Academia Española*, XXI, 1934, pp. 631-32). En la Biblioteca Nacional de Madrid se conserva un parte de apuntar de *La dama del rey* (Sección de Música, sign. M 4.032). Asimismo, entre los fondos de la Sociedad General de Autores Españoles existe una versión de la partitura para piano y voz y otra para orquesta pequeña.

Al caballero don Martín, enamorado de la villana Lucinda, le corresponde el alto honor de abrir el baile de la romería, eligiendo la pareja que desee; al declarar que será Lucinda, la Condesa de Larrea, que quiere a don Martín, se siente despechada y pide a Andrés, el criado del caballero, que trate de enemistarlo con su amada. Pese a las protestas de Lucinda, consciente de la distancia que le separa del caballero, don Martín la elige como tenía pensado para abrir el baile; entonces la Condesa de Larrea, celosa, los interrumpe y calumnia a la muchacha en público. Se sabe que hace siete años estuvo el rey don Fernando en Vizcaya y tuvo amores con una dama. Como Lucinda cuida a María —una niña de unos seis años, que le fue entregada por su madre para ocultar su deshonor—, la Condesa manifiesta delante de todos que Lucinda es la dama del rey; según ella, así lo prueba el hecho de que la villana quiera a María como una madre a su hija.

Mientras tanto, la reina Isabel, enterada de la infidelidad de su esposo, ha enviado emisarios a Vizcaya en busca de la madre y de la niña, para casar decorosamente a la una y procurar el bienestar de la otra. Algunos de los rumores que circulan ahora señalan que la madre de la niña es la Condesa: Pancracio, uno de los enviados, posee un retrato de la dama, que de hecho coincide con sus señas. Al verse en la necesidad de defender su honor amenazado, Lucinda afirma que fue la Condesa quien le entregó a la niña. Pero al final la de Larrea confiesa la verdad y todo se aclara: la madre de María, la verdadera dama del rey, no fue ella, sino una hermana gemela suya que ya murió; agradece a Lucinda que haya guardado el secreto durante tantos años y, renunciando a su amor, le pide que se case con don Martín. Aparece en última instancia la reina, que une las manos de los prometidos, y el coro entona el zortziko final, que insiste en el juramento de los Fueros por doña Isabel:

La reina bienhechora
los santos fueros
viene a jurar.
Saluda a tu señora,
la buena madre,
feliz solar.

Trono un peñasco pobre:
copudo roble
será el dosel.
Latidos las entrañas
de las montañas
den a Isabel.

La relación entre ambas obras es patente: novela y zarzuela coinciden en lo esencial de la acción, la existencia en Bilbao de una «dama del rey» (en el sentido clásico de la palabra: ‘amante, manceba’) y de su hija; también en la importancia estructural de la escena del baile (en la novela importa saber si doña Toda baila con don Martín o con Pedro Ramírez, rivales por conseguir el amor de la bella vizcaína); e igualmente en los nombres de los protagonistas: la Condesa de Larrea / doña Toda de Larrea; don Martín / don Martín López de Munguía; María / María de Aragón, la Excelenta. Por el contrario, en la obra narrativa se elimina todo lo relativo al personaje de la villana Lucinda, así como la historia, harto melodramática, de la hermana gemela de la de Larrea. Aunque no es posible saberlo a ciencia cierta, parece bastante razonable pensar que Navarro Villoslada preparó primero el libreto de la zarzuela y que entonces, al darse cuenta de las posibilidades del tema y de la historia esbozada, trató de desarrollar la misma acción por extenso, en forma narrativa, conservando algunos de sus personajes con sus mismos nombres y funciones. En ese caso, podríamos situar las primeras redacciones de *Doña Toda de Larrea* en torno al año 1855.

6. Historia y ficción en *Doña Toda de Larrea*

La historia que aquí novela Navarro Villoslada —los amores del rey Católico con una dama bilbaína y la existencia de una hija natural— presenta grandes visos de verosimilitud. En primer lugar, resulta conocido el carácter rijoso de don Fernando, tal como señalan los propios cronistas de su reinado. Así, Hernando del Pulgar dejó escrito que «amaba mucho a la reina su mujer, pero dábase a otras mujeres». Por su parte, fray Hernando de Talavera reprendía en 1475 al monarca diciéndole que había de ser «mucho más entero en el amor y acatamiento que a la excelente y muy digna compañera es debido». «Con diecisiete años de edad, [...] había tenido ya dos hijos bastardos: Alfonso y Juana», escribe Luis Suárez Fernández¹¹. Y respecto a sus infidelidades amorosas, esto es, sus aventuras amorosas después de su matrimonio con doña Isabel, Joseph Pérez indica: «Después de su boda, Fernando tendría dos hijas naturales más llamadas ambas María de Aragón, que serían religiosas en Santa María de Gracia, convento de agustinas de los alrededores de Madrid»¹².

(11) Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Isabel, mujer y reina*, Madrid, 1992, Rialp, p. 46.

(12) Joseph PÉREZ, *Isabel y Fernando. Los Reyes Católicos*, Madrid, 1988, Nerea, p. 85. Doña Toda y su hija María de Aragón aparecen mencionadas varias veces en la obra de Fernando VIZCAÍNO CASAS, *Las mujeres de Fernando el Católico*, Barcelona, 1988, Planeta.

La historia de los amores con la dama bilbaína era, pues, bien conocida. Veamos por ejemplo esta nota de Juan E. Delmas, que coincide plenamente con el argumento de la novela de Navarro Villoslada:

Larrea, Toda de.— Señora principal bilbaína, que en ocasión en que el rey don Fernando el Católico hizo estancia en la villa de Bilbao (1476) y luego de jurar los Fueros en Guernica, fue por él requerida de amores y muy solicitada, quedando encinta y dando a luz una niña que se llamó María, a la que apodaron *La Escelenta* [sic] y a quien su madre crió sigilosamente. Ocurrió un regocijo público por un buen suceso que obtuvo la corona, y saliendo doña Toda con sus vecinas a bailar en la plaza, según era usanza en Bilbao, tuvo la debilidad de cantar esta copla: «Por mi gran ventura / hame un gran señor, / rey es de Castilla, / y eslo de Aragón.» Súpolo la reina Isabel; y enviando ciertos caballeros a Bilbao con el falso propósito de que iban de paso a las guerras de Flandes, pidieron licencia a doña Toda para pasar una tarde a visitarla y despedirse de ellas, regalando algunas joyas a la madre. Ésta, que vivía en la torre del Portal de Carnicería Vieja, donde edificó su casa Diego de Echabarrí, observó que antes de amanecer el siguiente día llamaron a la puerta, y mandándola abrir penetraron en la habitación aquellos caballeros a cumplir con la promesa de la despedida, pero también a secuestrarlas, porque tapándoles la boca a la madre y a la hija, y sin que nadie lo observase, las transportaron, en acémilas preparadas en la calle, al monasterio de Madrigal, donde la *Escelenta* llegó a ser abadesa. Pasado algún tiempo y como ocurriesen en la real comunidad de las Huelgas de Burgos sucesos que la alborotaron, fue enviada por orden del emperador Carlos V, para que los apaciguase, nombrándola abadesa, donde murió. De la madre jamás se tuvo la menor noticia¹³.

Invencciones de Navarro Villoslada son, claro está, los distintos lances y episodios que ocurren en torno al personaje ficticio de Pedro Ramírez, como su enamoramiento de doña Toda y su rivalidad con don Martín de Munguía; pero todas esas aventuras inventadas son precisamente las que permiten el desarrollo de una novela histórica que, por lo demás, se basa en hechos realmente ocurridos o, cuando menos, altamente verosímiles.

Todo eso por lo que respecta a la historia particular de la protagonista. En cuanto al fondo histórico, la época de los Reyes Católicos —y, en concreto, la

(13) *Biografía de Claros varones de Vizcaya por D. Juan E. Delmas*, prólogo y notas de Ángel Rodríguez Herrero (que edita el manuscrito inédito, escrito a fines de 1892), Bilbao, 1970, Biblioteca de La Gran Enciclopedia Vasca, vol. IV, p. 121. Véase una nota similar en el *Diccionario Enciclopédico del País Vasco*, San Sebastián, 1985, Aranburu Editor, vol. VI, p. 129, sobre la hija, María Larrea.

presencia de doña Isabel en Bilbao en 1483 para jurar los Fueros del Señorío de Vizcaya—, también está reconstruido con máximo acierto. Como suele ser práctica habitual en las novelas de Walter Scott, se ofrece al principio un cuadro panorámico de la época, a modo de telón de fondo, que en nuestro caso lo constituyen las luchas banderizas del País Vasco, recién apaciguadas por los Reyes Católicos; así se hace constar desde el principio:

Verdad es que se disfrutaba de paz y sosiego en el país; pero estaba tan fresca la guerra sostenida por sus naturales contra Francia y tan mal extinguidos los bandos y parcialidades, que procuró sofocar Enrique iv derribando hasta cierta altura los castillos y casas fuertes de los parientes mayores, que todo era preciso para atravesar con seguridad las llanuras de Álava, las gargantas de Guipúzcoa y las montañas de Vizcaya desoladas por Oñacinos y Gamboinos, Leguizamones y Avendaños, Ayalas y Callejas.

Además, las páginas de la novela aparecen salpicadas por continuas referencias a hechos o personajes históricos concretos, que aumentan el grado de verosimilitud. Se habla, por ejemplo, del derribo de las torres de los nobles vascos en tiempos de Enrique iv (como en la cita anterior: el novelista lo atribuye al rey castellano, en vez de a las Hermandades de las villas), de la concesión a Bilbao en 1475 del título de Noble Villa, de la presencia del rey en Guernica en 1476 para jurar los Fueros, de la guerra contra Francia ese mismo año, de la armada fletada en las costas vascas para apoyar la Reconquista, de la división del Señorío en anteiglesias, de los cargos desempeñados por los Fieles Regidores; y se menciona a Gutierre de Cárdenas, maestre-sala de los reyes, a Juana la Beltraneja, al Príncipe de Viana, etc. En conjunto, Navarro Villoslada nos ofrece una buena descripción de la situación histórico-política del Señorío de Vizcaya en ese tiempo, adherido de forma incondicional a doña Isabel y don Fernando desde el primer momento¹⁴.

Los Reyes Católicos aparecen en la novela como los artífices de la unidad nacional, poniendo paz entre los bandos y articulando los distintintos territorios peninsulares. Ahora bien, dado que Fernando el Católico fue quien acabó unos años después con la independencia del reino de Navarra, resulta obvio que Navarro Villoslada no podía presentarlo con connotaciones totalmente positivas. De ahí que se destaque sobre todo la figura de la reina doña Isabel; aunque no es personaje protagonista, se habla de ella con frecuencia, siempre en tono idealizado, casi como si fuera una santa: es un «ángel de bondad y de justicia que se sienta en el trono de Castilla», una «magnánima y dis-

(14) Véase Fr. Modesto SARASOLA, *Vizcaya y los Reyes Católicos*, Madrid, 1950, CSIC.

cretísima señora», «gloria de Castilla, consuelo y regocijo de los pueblos». No sólo da en su Corte ejemplo de gravedad y recato, sino que se alaba además su «clarísimo ingenio»: sabe latín e impulsa el conocimiento de las humanidades entre sus damas. Más que bella, pasa por ser la mujer más hermosa de la Cristiandad. Pero su belleza femenina no está reñida con su «varonil resolución» para acudir solícita a remediar todos los males de sus pueblos: incluso cuando estaba embarazada no tenía inconveniente en viajar para acercarse a los campamentos y dar ánimo a sus soldados. Así nos la presenta el narrador:

La reina católica, que fue el primer hombre de España, sin dejar de ser la mujer primera de su siglo, tenía con su nombre, con sus hechos y su hermosura electrizados a todos sus vasallos. Los malos y soberbios la temían, los buenos y humildes la adoraban; los vascongados simpatizaron al punto con aquel espíritu recto, flexible y agudo como acero damasquino; con aquella voluntad pura, noble, inalterable como el diamante.

Todos, pero en especial los vizcaínos, sus vasallos más fieles, adoran e idolatran a doña Isabel: para ellos, su palabra es ley y basta escucharla para que sea obedecida.

El rey Católico queda relegado a un segundo plano. Se elogia, por ejemplo, su bizarría y su valor en el combate: don Fernando es «el caballero más cumplido de sus reinos», «el más perfecto caballero de reinos que hicieran la flor de la caballería»; de «modales vivos y graciosos» y «continente gallardo», «es tan bizarro en la corte como fuerte y sufridor de trabajos en el campo». Pero ha de tenerse en cuenta que todo el argumento de la novela se basa en el fondo en una de sus infidelidades amorosas, circunstancia que de forma tácita e indirecta —aunque no se exprese explícitamente— rebaja sin duda la categoría heroica del monarca, cuyo talante moral no resulta ni con mucho tan modélico como el de su esposa. Por eso también, en vez de alusiones específicas a don Fernando, son más frecuentes las referencias conjuntas a los dos esposos, como en este diálogo: «—Con vasallos como vos no puede haber malos monarcas en el mundo», comenta Pedro Ramírez, y un vascongado le responde: «—No habéis de decir eso, sino que con reyes como los nuestros no puede haber malos vasallos».

Vamos viendo que tanto los hechos que dan pie al argumento de la novela como el fondo histórico de la misma cuentan con una sólida base en la realidad. Pues bien, la novela es igualmente histórica en la «reconstrucción arqueológica» que lleva a cabo el autor, es decir, en la captación del espíritu o ambiente de aquella época pasada. Esa tarea de reconstrucción se manifiesta en la descripción detallada de armas, vestidos, mobiliario, edificaciones y cos-

tumbres sociales, que en ocasiones lleva aparejado el empleo de un léxico específico, patente de forma clara en el caso de las armas: *arnés, lanza, casquete, coraza, ballestas, arcabuces, paveses...* Ese mismo léxico especializado forma otros campos semánticos, como el de los tributos, el de las monedas, el de la organización social u otros. Por ejemplo, al describir el puerto de Bilbao, el autor no se limita a decir que estaba lleno de embarcaciones, sino que distingue entre «carabelas y carabelones, galeras y galeones, fustas, pinazas y naos de gabia y de remo». Igualmente, al hablarse de los vestidos de los personajes, siempre se especifican calidades, materias o procedencias («una gorra de Milán con pluma y cintillo», un «tabardo de paños sin bordados»...). Esta es la descripción completa del traje y los adornos de doña Toda:

Vestía la dama brial azul de terciopelo liso, con tabardo de brocado de pelo carmesí con mangas bobas. La camisa bordada con sedas de colores asomaba un poco por el escote hasta la garganta. Caíanle hasta los hombros tocas blanquísimas y pendiente de ellas sobre el pecho una joya de oro con una F mayúscula de esmalte rosicler, que debía ser inicial del nombre de una persona querida, según la moda de aquellos tiempos.

La misma precisión apreciamos en la descripción arquitectónica del antiguo «Bilbao de las Siete Calles», muy lograda: entre otros lugares, se mencionan en la novela la torre de Arbolancha, la de Leguizamón, el puente de San Antón, la iglesia de Santiago, la de San Antonio, el arrabal de Achuri, el Arenal, el Portal de Arbolancha, el de Zamudio, la Plazuela de Santiago o la calle de la Carnicería Vieja. Pero no sólo se mencionan; algunos edificios, como la casa de doña Toda, aparecen descritos con sumo detalle, en su apariencia exterior y en los elementos de decoración que incluyen: se habla de «sillones de baqueta y bancos de nogal», «ricos tapices de Bruselas», «espejos venecianos» y «doseles o palios de damasco con franjas y rapacejos de oro». Como en sus otras tres novelas históricas, Navarro Villoslada es muy riguroso en todas sus descripciones, lo que contribuye poderosamente a dar sensación de autenticidad, aunque se corra el riesgo de que todas esas incrustaciones de signo erudito supongan una rémora para el normal desarrollo de la acción propiamente novelesca.

Respecto a las fuentes manejadas por el autor, se cuentan entre ellas historias de España, biografías de los Reyes Católicos y crónicas de su reinado y también obras de referencia sobre Navarra y las Provincias Vascongadas: Mariana, Garibay, Pulgar, Enríquez del Castillo, Prescott, Yanguas y Miranda, Iturriza... Como le indicaba Vivanco en su carta, todo un arsenal de datos y noticias curiosas lo pudo encontrar en *Las Bienandanzas e Fortunas que escribió Lope García de Salazar estando preso en la su torre de Sant Martín de*

*Muñatonos*¹⁵, así como en las obras de Llorente¹⁶ y el P. Henao¹⁷. Para las descripciones de lugares (también es rigurosa la localización espacial, con mención de abundantes topónimos de la zona: Abando, Guernica, Begoña, Villaro, los ríos Nervión, Cadagua e Ibaizábal, montes como Artagán, Zarantes, Meazábal o Altamira, la ermita de Santo Domingo, etc.) usó con seguridad el *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar*, de Pascual Madoz¹⁸ y, probablemente, el *Diccionario histórico-geográfico del País Vasco* publicado por la Real Academia de la Historia¹⁹.

7. Técnicas narrativas

En *Doña Toda de Larrea* encontramos el habitual narrador omnisciente en tercera persona que maneja a su antojo todos los hilos de la novela: cede la palabra a los personajes, dosifica la información para mantener la intriga y guía al lector, como si dijéramos, de la mano, mostrándole los puntos de interés en que debe fijarse. Su presencia organizativa resulta patente merced a la inclusión de muletillas del tipo «nuestros viajeros», «nuestros dos amigos», «la tarde en que da principio nuestra historia», «el excesivo lujo de que en otro capítulo nos hemos hecho cargo», «nuestro conocido y olvidado José Antón de Goyeascogoechea», «la conversación que hemos visto»... Es un narrador que entabla diálogo con el narratario y que no ahorra alusiones de este estilo: «Con estos antecedentes ya puede comprender el lector qué impresión haría en el ánimo del mesonero de San Antón [...] la pregunta del joven hidalgo»; «Ya presumirá el lector que los suspiros no salían del lecho de Rodrigo de Quincoces»; «Nuestros lectores pueden imaginar que no echaría en saco roto este consejo». La presentación de la historia es lineal, sin que se den casos de prolepsis o *flash-back*: se sigue el orden cronológico de los sucesos, que no se dilatan demasiado en el tiempo: toda la acción se encierra entre los días 14 y 17 de agosto de 1483, dejando aparte las jornadas finales que dura el viaje hasta Madrigal, que es un tiempo elidido.

(15) Existe edición facsímil (Bilbao, 1985, Editorial Amigos del Libro Vasco, colección Antiguos Recuerdos de Vizcaya, vols. I-IV) de la de Madrid, 1884, Librería de Gabriel Sánchez.

(16) Juan Antonio LLORENTE, *Noticias históricas de las Provincias Vascongadas en que se procura investigar el Estado civil antiguo de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya y el origen de sus Fueros*, Madrid, 1806-1808, Imprenta Real, cinco vols.

(17) Gabriel de HENAO, *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria*, Zaragoza, 1637; Salamanca, 1683.

(18) Madrid, 1845-1850, Tip. Madoz y Sagasti, dieciséis vols.

(19) Madrid, 1802, dos vols. Existe edición facsímil, Bilbao, 1968.

Es un narrador que de vez en cuando introduce afirmaciones de tono moral y validez universal como comentario a sucesos particulares que ocurren a los personajes. Es además consciente de la distancia temporal que le separa de la época narrada, y él mismo lo pone de manifiesto, comparando «estos siglos civilizados» con los pasados tiempos de barbarie de la Edad Media. Otras alusiones anacrónicas al hoy del autor se aprecian cuando compara el trato amable del mesonero José Antón con «la interesada afabilidad de nuestros modernos posaderos», o cuando afirma taxativamente: «Los señores de entonces no hacían consistir su dignidad en dos horas de antesala. Tenían más confianza en su propia fuerza y menos acreedores que los de ahora.»

Una técnica muy frecuente en la novela histórica romántica española (en *Doña Blanca de Navarra* la usa con profusión el propio Navarro Villoslada) era la mención de crónicas que el narrador-autor fingía seguir, valiéndose también en ocasiones de la superchería de los «papeles hallados»: la historia que contaba no era original suya, sino que la había encontrado casualmente y se limitaba a darla a la prensa. En *Doña Toda de Larrea* sólo se habla en determinado momento de los «acontecimientos que estamos desenterrando del sepulcro de las crónicas», alusión que, por otra parte, puede referirse a las crónicas históricas reales. Otra estructura narrativa muy repetida era la ocultación de la verdadera personalidad de alguno de los personajes: aquí, Rodrigo de Quincoces y los lectores saben muy pronto que doña Toda es la madre de la Excelenta, no así el cándido Pedro Ramírez. Algunos objetos empleados con valor simbólico —otro recurso habitual en el género— son la sortija que da Ramírez al pescador, el ramillete de flores que desea la Excelenta, el collar que llevan madre e hija con la inicial F o el que da Pedro Ramírez a la niña con las iniciales F e I. En cambio, no se recurre, como en muchas otras novelas del género y de la época²⁰, a la entrada de elementos de superstición popular.

8. Personajes

Son en general tipos planos, de una sola cara, que no evolucionan a lo largo de la novela, ya que el autor apenas se detiene en la introspección psicológica. El más destacado es, sin duda, el de Pedro Ramírez, «mozo galán, vivaracho y ambicioso», cortés y discreto, pero ingenuo, que desde el princi-

(20) Véase Carlos MATA INDURÁIN, «Estructuras y técnicas narrativas de la novela histórica romántica española (1830-1870)», en Kurt Spang, Ignacio Arellano y Carlos Mata (eds.), *La novela histórica. Teoría y comentarios*, Pamplona, 1995, Eunsa, pp. 145-98 (en la 2.ª ed., Pamplona, Eunsa, 1998, pp. 113-51).

pio se gana todas las simpatías del lector. Calificado como «el discurridor, el de ingenio travieso», dotado de «imaginación vivísima», aparece caracterizado como un caballero andante, adornado con algunos rasgos quijotescos como el de su extremada cortesía con las damas, que repercuten en el nivel de la expresión²¹. Su compañero, el sensato Rodrigo Pérez de Quincoces, «gordo como un prior, sesudo como un flamenco y callado como un tronco», es el reverso de la medalla, su complemento perfecto: «Él habla, yo ejecuto», afirma este último. Dotado de un instinto penetrante, representa la astucia de la madurez; además, como indica Ramírez, es «más largo de manos que de lengua, más buen ejecutor que orador». En fin, doña Toda de Larrea es la más hermosa dama de Vizcaya, «un verdadero portento de hermosura» (sólo comparable con la de la reina doña Isabel). Simboliza también el amor maternal, pues defiende a su hija María como una leona a sus cachorros, sin consentir en separarse de ella. Su carácter altivo y desdenoso con don Martín y con todos sus pretendientes no es en el fondo más que vanidad, al sentirse herida en su orgullo por el olvido del rey don Fernando.

Junto a estos tres personajes principales, encontramos en la novela algunos otros interesantes en su tipicidad. Martín López de Munguía es el constante y orgulloso enamorado de doña Toda, «franco y sencillo en extremo, liberal y generoso», pero terco y cabezón a fuer de vizcaíno: «Yo no mudo nunca de parecer» es frase que define perfectamente su carácter obstinado. Su tío Juan de Arbolancha se caracteriza por dos rasgos, la profunda religiosidad y su generoso sentido de la hospitalidad; es además un padre amoroso cuya casa constituye «un modelo de buenas costumbres». Por último, Leonor, su joven hija, pone la nota melancólica con sus miradas lánguidas, al verse desdenada en su amor por su incorregible primo Martín.

9. Peculiaridades y rasgos estilísticos

Doña Toda de Larrea presenta las mismas características que las otras tres novelas históricas de Navarro Villoslada. Por ejemplo, el gusto por ambientar la acción en una época de división y crisis o el sentido providencialista de la historia (el ascenso al trono de los Reyes Católicos es providencial para conseguir la unidad católica de España). Dos características

(21) Para este aspecto, véanse mis trabajos «Reminiscencias quijotescas en el *Pedro Ramírez de Navarro Villoslada*», *Pregón Siglo XXI*, núm. 10, Navidad de 1997, pp. 63-66 y «La influencia cervantina en la novela histórica romántica española. Nuevas aportaciones», comunicación para el VII Congreso de la Asociación de Cervantistas, El Toboso (Toledo), 23-26 de abril de 1998, en prensa.

peculiares del novelar del vianés, que aparecen aquí confirmadas, son la importancia estructural de los diálogos, casi siempre ágiles y amenos, y la inclusión de rasgos humorísticos. Así, la presencia de personajes vizcaínos se explota cómicamente, bien por sus mal concertadas razones al hablar en castellano: «-*Escarricasko, jauna* [...], noticias traes, que vizcaínos para, más que vale plata»; bien por la longitud de sus apellidos, como el de José Antón de Goyeascogoechea, que suscita este comentario de Pedro Ramírez: «-¡Diablo! [...] Dicen que Jerjes sabía de memoria los nombres de todos sus soldados: a buen seguro que los soldados de Jerjes no eran vizcaínos.» Otro rasgo estilístico es la influencia cervantina, que se detecta en el empleo de algunas expresiones como *gritos descomunales*, *cepos quedos*... o de refranes y frases hechas que esmaltan el discurso del narrador y de los personajes («echar la cuenta sin la huéspedea» o «no os arriendo la ganancia» son dos de las favoritas de Navarro Villoslada).

10. *Doña Toda de Larrea*, «novela vascongada»

Como es sabido, Navarro Villoslada fue nombrado miembro honorario de la Asociación Euskara de Navarra —promovida en Pamplona por Juan Iturralde y Suit y Arturo Campión— en reconocimiento al sentimiento vascófilo que impregnaba todas las páginas de *Amaya*, un «centón de tradiciones éuskaras», según definición de su propio autor. Su publicación coincidió con un momento histórico crítico —tras la derrota carlista en 1876 y la subsiguiente abolición de los Fueros vascos— en que la identidad cultural vasco-navarra se veía seriamente amenazada. No extrañará, por tanto, que la aparición de *Amaya* fuera saludada con entusiasmo por los sectores tradicionalistas de las Cuatro Provincias y que su autor fuera aclamado como «el Walter Scott de las tradiciones vascas» o, con mayor exageración, como «el Homero de Vasconia». En cualquier caso, puede afirmarse, sin lugar a dudas, que *Amaya* marcó un importante hito en el terreno de la literatura fuerista, sirviendo de modelo de inspiración para numerosos literatos de épocas posteriores²².

Pues bien, al igual que hiciera en *Amaya*, el escritor de Viana exalta también en esta nueva novela el carácter del pueblo vascongado, que conserva inalterada la pureza de sus costumbres; unas costumbres sencillas y nobles que

(22) A este respecto pueden consultarse los trabajos de Jon JUARISTI, *El linaje de Aitor: la invención de la tradición vasca*, Madrid, 1987, Taurus y el capítulo «Vascomanía» de su libro *El bucle melancólico: historias de nacionalistas vascos*, 13.^a ed., Madrid, 1997, Espasa Calpe, pp. 35-63 (especialmente, sobre el de Viana, pp. 39-43).

se han mantenido incólumes a lo largo de los siglos porque constituye aquél un país idólatra de sus tradiciones. Los vascongados, aquí en concreto los vizcaínos²³, dóciles y respetuosos siempre con sus superiores, son presentados en *Doña Toda de Larrea* como los vasallos más leales con que cuentan los Reyes Católicos: ellos fueron los primeros que se alzaron para defender a doña Isabel y don Fernando en los años indecisos de la lucha por la sucesión de Enrique IV en Castilla. Nadie les gana en lealtad y amor a sus monarcas; a Isabel, en concreto, más que amarla, la idolatran. Ahora bien, ese respeto hacia las autoridades (los reyes, los Fieles Regidores de las anteiglesias...) se extiende en general a todas las personas mayores, constituyendo algo sagrado, como se explica a los forasteros:

—Aquí el respeto de los muchachos principia por el padre de familia, llamado *echecojauna*, señor de casa, y acaba por el señor del país, a quien vosotros llamáis rey, o por mejor decir, acaba por el Señor de lo Alto, *Jaungoicoa*, único nombre que aquí damos a Dios. Señor es el padre, señor el rey, señor es Dios.

Se alude a la belleza de las mujeres de la tierra (en especial a la de doña Toda) y a la hidalguía universal de los vizcaínos: «—¿Pues no sabéis que aquí todos somos nobles?», comenta don Martín a Ramírez; y a continuación se lo aclara con estas palabras:

—Es fuero fundado en que la nobleza consiste en la antigüedad y limpieza del solar; ¿y qué pobre vizcaíno dejará de probar que descende de sangre no contaminada con la de los moros, godos y romanos, que jamás han poblado estas montañas? Nosotros los caballeros no les llevamos más ventaja que en la hacienda; en haber dejado de gastar abarcas algunos años antes.

Ese «igualitarismo democrático» se aprecia también en el baile, donde los nobles no tienen inconveniente en codearse con los villanos. El narrador-autor apostilla que «aun hoy día, en que se hacen sentir más las diferencias sociales, la más encopetada señora del país no desairaría nunca al que la pidiese para el baile aunque fuese el labrador más humilde».

Otro rasgo notable del carácter vascongado es la hospitalidad sin límites: Juan de Arbolancha reprocha a Ramírez y Quincoces que se hayan alojado en el mesón en vez de acudir directamente a su palacio; el Fiel Regidor tiene la

(23) Puede verse en J. Anselmo de LEGARDA, *Lo vizcaíno en la literatura castellana*, San Sebastián, 1953, Biblioteca Vascongada de los Amigos del País, la revisión de varios tópicos sobre el vestido, la belleza de las mujeres, la hidalguía universal, el mal castellano hablado por los vizcaínos, etc.

casa llena de invitados para la comida de la romería, pero todavía le parecen pocos (igual que a Miguel de Goñi en *Amaya* cuando la boda de su hijo Teodosio). Ese proverbial sentido de la hospitalidad va unido al patriarcalismo y al profundo espíritu religioso de los vascos. Por ejemplo, al describir la romería a la Virgen de Begoña (que sirve de paso, como ya apunté, para introducir varios apuntes folklóricos sobre el traje, la música del silbo y el tamboril o el baile del aurresku y el zortziko) comenta el narrador:

Todos se dirigían al célebre santuario y, desde el punto mismo en que por primera vez se aparecía a sus ojos, todos se descubrían la cabeza y hacían la señal de la cruz, y rezaban una Salve a la Virgen, Nuestra Señora.

En fin, también se destacan las armonías del vascuence, «cuya antigüedad le hace parecer hermano de todos los idiomas primitivos». De hecho, en la novela se incluyen algunas palabras y expresiones vascas, cuya traducción se consigna al lado, si no es que queda aclarada por el contexto: *mutil* ‘muchacho’, *Zenaide zu?*²⁴ ‘¿Qué desea?’, *nescacha polita* ‘muchacha bonita’, *Escarricasko*, *jauna* ‘gracias, señor’, *sagardua* ‘sidra’, *echecojauna*, *Jaungoicoa*, *motzas*, *zorrico*, *aurresku*; incluso se juega con el significado aproximado en vascuence del apellido de la protagonista, *Larrea*, al comentarse que doña Toda es dura y espinosa con los hombres (esto es, ‘esquiva’) como una *zarza*.

(24) Navarro Villoslada escribe así, seguramente de oído, la expresión «Zer nahi dezu?».